

---

# APERTURAS

Georges Morel

## Presentación

Domingo Melero

I. El artículo que traducimos a continuación sintetiza, en cierto modo, la articulación básica, el hilo conductor de la reflexión y de las perspectivas que Georges Morel desarrolló en su trilogía *Questions d'homme* (1976-1978) sobre el hombre y "los conflictos de la modernidad" (tomo I), sobre el hombre y la "cuestión del Otro" (tomo II) y sobre "Jesús en la teoría cristiana" (tomo III). Este artículo de "Ouvertures" se publicó tres años después <sup>(1)</sup>, y nos da una idea suficiente del contenido de esa trilogía, aunque resumir mil densas páginas en veinticuatro sea prácticamente imposible y no nos conste que fuese la voluntad de síntesis la del autor al escribirlo.

Este artículo, aparte de por sintético y denso, puede ofrecer alguna dificultad, primero, por contener una dosis considerable de referencias filosóficas que no se dominan (Kant, Freud, Hegel, Marx, Küng, Lévinas, Nietzsche, Buber, Sartre, etc.) y, segundo, por emplear algunos términos con una significación y connotación diferentes de las que espontáneamente les adjudicaríamos ("ideología de la presencia", por ejemplo); referencias y términos que el autor hubiera podido aclarar algo más pese a que no hacerlo se deba, probablemente, a la brevedad exigida por los editores. En cualquier caso, nada que no pueda vencerse con algo de esfuerzo por atender, sobre todo, a sus afirmaciones fundamentales que, como Morel mismo dice, son elementales. Por otra parte, y prescindiendo de estas dificultades, es probable que cualquier escrito reflexivo exija dos lecturas pues, al

---

(1). *Lumière et vie*, n° 148 (1981), págs. 51-74.

comenzar la segunda, se ha cerrado ya una vez el círculo, y entonces se ve cómo el final, adonde se quería llegar, ya estaba, en cierto modo, al principio.

Superadas, pues, esas barreras gracias a la paciencia de una lectura no fácil, ¿cómo no simpatizar con la cuestión que Morel plantea como central en la búsqueda occidental, y que considera que ya actúa de manera generalizada de dos siglos a esta parte, aunque todavía sólo de forma defectuosa, incipiente y precaria? Tal como Morel desarrolla en los apartados I y II del artículo, en nuestra cultura es ya irrenunciable una forma de pensar en la que, entre libertad y capacidad de relación, no hay una relación inversamente proporcional sino directamente proporcional. En la forma de pensar anterior, todavía parcialmente vigente, había una relación inversamente proporcional entre los dos elementos pues, para que uno se desarrollase, el otro tenía que disminuir. En cambio, en la segunda forma de pensar, la relación de los dos elementos es directamente proporcional: el hombre, cuanto más libre y adulto es (y, por tanto, más "sin relación", "irreductible", autónomo y no regido por la "necesidad", por la "falta") tanto más capaz de relaciones verdaderas es, es decir, de relaciones no regidas por modelos de sometimiento o de dominación, de rivalidad o de separación, de asimilación o de anulación, o de identificación y fusión. ¿Se comprende a dónde puede llevar esta distinción de dos formas de proporcionalidad y esta propuesta de pasar de una a otra en la cuestión de la relación entre el hombre y Dios?

Atreverse a pensar –tal como reza la propuesta de Kant– consiste, pues, en gran parte, en atreverse a cambiar de forma de pensar, en pasar del modelo "sacral" (que divide la realidad en dos elementos antitéticos, de manera que, como hemos dicho, para que uno sea más, el otro debe ser menos) al modelo de la implicación (uno es en la medida en que es el otro), cuya adecuación se reconoce incluso cuando reflexionamos sobre las dificultades que encontramos en los diferentes ámbitos de nuestra acción, cosa que Morel expresa muy bien en esta perla sentenciosa:

El combate por la igualdad y la libertad sociales, por los "derechos humanos", exige la misma lucidez y el mismo coraje que una obra de arte. O, recíprocamente, es tan exigente y difícil llevar a su cumplimiento el amor entre un hombre y una mujer como la justicia entre los pueblos. (²)

Como verá el lector que supere las dificultades de los dos primeros apartados, el centro del artículo comienza en su segunda mitad, a partir del apartado III. En efecto, en la segunda parte del artículo, se exponen las consecuencias, tanto para la idea de Dios como para la de nuestra relación con Él, de las perspectivas antropológicas establecidas antes, pues dicha relación –como las restantes– sólo puede ser verdadera en el orden de la libertad y, por tanto, en el de una comunicación adulta, no regida por la necesidad, aunque ésta siempre subsista en parte.

Morel plantea, pues, tanto en éste como en el apartado IV, los atolladeros del antropocentrismo, de la sacralidad tanto del lenguaje (revelación) como de la autoridad, así como del "imaginario" de la "encarnación", no ya en lo que éste tiene de imposible para una concepción espacial postcopernicana como la nuestra, sino en lo que tiene de inadecuado a la hora de pensar la humanidad adulta y libre de Jesús ante la divinidad; cosa que Morel hace no "para destruir la tradición judeocristiana sino para captar de otro modo las cuestiones que la subtienden", y así, tal como se dice en el párrafo final del artículo, "hacer justicia" a lo mejor del pasado.

II. Con lo dicho es suficiente para pasar a la lectura del artículo. Sin embargo, a veinte años de la redacción del mismo, y a algo más de la publicación de la trilogía de la que procede, no está de más que digamos algo del autor, del conjunto de sus escritos y de las con-

---

(²). Le combat pour l'égalité et la liberté sociales, pour les "droits de l'homme" demande autant de lucidité et de courage qu'une oeuvre d'art. Ou –réciproquement– il est aussi exigeant et difficile d'accomplir l'amour entre un homme et une femme que la justice entre les peuples (G. Morel: *Le signe et le singe*, París, 1985, pág. 374).

secuencias que se siguieron de ellos. Pero insistimos: quizá el lector debería dejar para después lo que sigue, no sea que, a las dificultades internas al texto, se le añada la de algún a priori, favorable o contrario.

Georges Morel (1921-1989) nació en Bretaña, entró en el seminario y, antes de la Guerra, en los jesuitas. Durante la ocupación alemana, vivió la Resistencia. Fue profesor de teodicea en los años 50, en los que ya tuvo problemas a causa de sus ideas. En los años 61-62, publicó *El sentido de la existencia según San Juan de la Cruz* (París, 3 vols.) y, durante los años sesenta y setenta, fue colaborador de la revista *Études*. Algunos de sus artículos de la primera de esas dos décadas se recogieron en *Problemas actuales de religión* (París, 1968; único libro suyo traducido al castellano: *Dios, ¿alienación o problema del hombre?*, Madrid-Barcelona, 1970). Poco después, Morel publicó un nuevo estudio importante: *Nietzsche, introducción a una primera lectura* (París, 1970-1971, 3 vols.) y, en 1976-1978, publicó su obra más característica: la trilogía mencionada antes: *Questions d'homme* (Conflictos de la modernidad; El Otro; Jesús en la teoría cristiana).

A finales de los setenta, en Mirmande, alguien me habló bien de esta obra y, además, me la consiguió. Posteriormente, supe que por ella se invitó a Morel a dejar la Orden, cosa que hizo de forma relativamente amistosa, sobre todo con el P. Arrupe. El conflicto fue, sobre todo, a raíz del tomo sobre la "teoría cristiana", en especial a raíz de su crítica de la revelación y de la encarnación. Al salir, Morel se casó y continuó su labor de escritor, sin trabajo profesional estable. Su último libro fue *Le signe et le singe* [El signo y el simio] (París, 1985). Recientemente, Francis Guibal ha editado *Éclats de sens* [Destellos de sentido –textos y fragmentos póstumos–] (París-Montreal, 1998).

En una colección soñada de libros imposibles pero necesarios, incluiría, por lo menos, el volumen II de *Questions d'homme: l'Autre*, que, sinceramente (es decir, por experiencia), me parece muy útil para madurar, en nuestro universo mental, la idea de Dios. Poco después de mi primera lectura de los tres volúmenes, encontré una

referencia que me confirmó en mi aprecio por ese tomo segundo, además de que también me confirmó en mi –subrayo– inicial menor simpatía por el tercero, al que, con el tiempo, he sabido –creo– comprender mejor. La referencia es ésta:

Viejo, admirado y agradecido lector de sus magníficas obras sobre Nietzsche y San Juan de la Cruz, seguí con verdadero apasionamiento el curso de la nueva trilogía. La lectura del tomo segundo, con su finísimo tratamiento filosófico del tema de Dios, me hizo concebir enormes esperanzas respecto del tercero: ¿qué no podría aportar a la discusión actual un hombre de su aguda sensibilidad y su espléndida formación filosófica? La decepción fue tremenda: puedo afirmarlo así, crudamente, puesto que lo hago sobre un fondo, no retirado, de admiración por su talento y por su obra. Este tercer tomo es probablemente una de las grandes ocasiones perdidas de la Cristología en el siglo XX. Por eso vale la pena reflexionar sobre las causas, etc." <sup>(3)</sup>

En fin, creo que esta referencia puede respaldar el valor de lo que Morel puede aportar, y así ayudar a vencer las dificultades de su lectura. En cambio, comentar la crítica que incluye esta cita supondría prolongar esa misma cita y extendernos más de la cuenta: porque, primero, en lo de decepcionar, cabría matizar (preguntarse, por ejemplo, si lo que el autor de la cita esperaba –una cristología– era lo que Morel se había propuesto); y, segundo, en cuanto a discrepar de las conclusiones de Morel, creo que el autor de la cita coincidiría en que, así como vale la discusión y la crítica libres y entre iguales, como él hace, las intervenciones disciplinares (normalmente dirigidas a los críticos más que a los acrícos) han perjudicado, más que favorecido, la vitalidad de la reflexión en el cristianismo <sup>(4)</sup>. Un párrafo de Unamuno ilustrará este punto:

---

<sup>(3)</sup>. A. Torres Queiruga, "Problemática actual en torno a la Encarnación", *Comunio*, n° 4, 1979, págs. 48-49.

<sup>(4)</sup>. ¡Cuánta ambigüedad y cuantas historias lamentables hay implícitas en las imágenes y conceptos incluidos en esta afirmación de H. de Lubac: "un *sector fortificado de la muralla* no es toda la ciudad, la *maternidad doctrinal* de la Iglesia dista mucho de reducirse al *poder judicial* que ejerce *contra el error*"! (Ver: *Deux chrétiens en chemin* (Lé-

Y bien, se me dirá, ¿cuál es tu religión? Y yo responderé: mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio (...) Los que me dirigen esa pregunta quieren que les dé un dogma, una solución en que el espíritu pueda descansar en su pereza. Y ni eso quieren, sino que buscan poder encasillarme y meterme en uno de los cuadrículados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es luterano, es calvinista, es católico, es ateo, es racionalista, es místico, o cualquier otro de esos motes cuyo sentido claro desconocen pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única. "No hay enfermedades, sino enfermos", suelen decir algunos médicos, y yo digo que no hay opiniones, sino opinantes. En el orden religioso, apenas hay cosa alguna que tenga racionalmente resuelta, y, como no la tengo, no puedo comunicarla lógicamente porque sólo es lógico y transmisible lo racional. Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al cristianismo, sin atenerme a dogmas especiales de esta o aquella confesión cristiana. Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes –éstos suelen ser tan intransigentes como aquéllos–, que niegan cristianismo a quienes no interpretan los Evangelios como ellos...<sup>(5)</sup>

III. Quisiera, por último, enunciar tres puntos por los que relaciono a Morel con Légaut.

En primer lugar, si la memoria no me falla, creo que Légaut me comentó, en una ocasión, que el capítulo sobre "la muerte del sujeto" (último del vol. I), aunque no lo había entendido muy bien pues le fatigaban los análisis de autores que no había leído, le había servido de referencia para reflexionar y escribir sobre la pretensión, propia de las ciencias humanas, en sus comienzos siempre cientistas, de explicar por completo al hombre. Ante esa pretensión, Légaut oponía la afirmación tajante de que el hombre es misterio, cuestión

---

*gaut-Varillon*), París, 1978, págs. 81-82. En el diálogo, el P. Varillon se la lee a Légaut tomándola de "*Catholicisme*, p. 240". Las cursivas son mías.)

(5). M. de Unamuno, *Mi religión y otros ensayos breves*, Madrid, 1978, págs. 10-11.

capital que trató en el capítulo primero de *Llegar a ser uno mismo* y también en otros lugares.

En segundo lugar, las perspectivas de Morel (sobre Dios, sobre la relación entre él y nosotros, y sobre cómo pensar el misterio de la vida interior de Jesús) siempre me han parecido confluír –que no coincidir– con una de las insistencias mayores de Légaut: partir del hombre (de la propia experiencia y de lo que podemos conocer o adivinar de la de otros), incluyendo todo el peso de las condiciones, para pensar con realidad los temas de la vida espiritual. (6)

En tercer lugar, las críticas de Morel a algunos puntos de la "teoría cristiana" creo que se pueden insertar en el itinerario espiritual que, en algunas de sus páginas, traza Légaut hacia una afirmación verdadera de lo que todavía se puede nombrar como la "divinidad" de Jesús (7). Comentar esas páginas supondría un pequeño tratado que aquí no procede. Por eso me limito a encarecer lo inspirante que resulta incorporar, para uso de uno, la expresión de Légaut "Jesús es *de* Dios": en ella, la sobria intensidad del genitivo

---

(6). En esa línea, la insistencia de Morel –como se verá– en la "irreductibilidad" y en la "no relación" me convence más que algunas páginas de Légaut en que éste concibe la implicación del devenir del hombre y del ser de Dios como una participación del uno "en" el otro de una forma o con un lenguaje demasiado "físico"; y en la que quizá uno y otro (Dios y el hombre), alternativamente, comunican (dan o reciben) sobre todo "ex indigentia" (cosa que quizá se deba a la influencia en Légaut, pese a sus diferencias, de Teilhard, y a lo que el lenguaje de éste dependía de perspectivas monistas, entusiastas con la materia y su modelo). Por mi parte, simpatizo con la perspectiva de Morel porque me recuerda la distinción de Bofill entre comunicación "ex plenitudine" y comunicación "ex indigentia". Légaut coincide con la perspectiva de Morel (y de Bofill) cuando indaga sobre lo característico de los "bienes humanos" (primeros capítulos de *HBH*) y sobre algunos rasgos de la experiencia de los "umbrales". En esos casos, el modelo de relación es ya interpersonal y no físico. Justificar estas afirmaciones, así como mostrar su importancia sería largo. No obstante, era necesario enunciarlas.

(7). Conviene leer (o releer) al respecto: en *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo* (Madrid, 1999), los epígrafes: "el paso de la creencia a la fe en Jesús exige la crítica de la creencia y el encuentro con un discípulo" y "purificación y alcan-

dice bien esa mezcla de saber y de no saber que es propia de la fe, al tiempo que disipa cualquier sospecha de que adoptarla comporte tibieza en la vinculación o reserva en la entrega. No obstante, como bajo esa última sospecha cayó Légaut (cosa que le dolió), y como además, durante los mismos años del conflicto de Morel, algunos medios eclesiásticos eruditos practicaron con él una política de silencio (¿qué hacer, si no, con un laico crítico, tras haber suprimido el "Índice"?), cito un párrafo suyo de defensa:

Un teólogo me reprochó recientemente ser demasiado flojo en mi afirmación de la trascendencia de Jesús cuando digo que Jesús "es de Dios"; expresión a la que, en mis libros, acompaña un contexto que se esfuerza en sugerir a los lectores, en la medida de lo posible, el alcance que pueden dar a esta forma de decir. En cambio, si, de acuerdo con ese teólogo, al que muchos otros se parecen, yo hubiese dicho: "Jesús es Hijo de Dios", todo hubiera quedado claro y conforme con la "sana" doctrina ortodoxa; doctrina que cuida mucho las formas pero que descuida bastante lo que éstas recubren de realidad propiamente vivida, o de su contrario. Me temo que, para estos "pensadores", mi forma de decir sea más importante que el pensar que conlleva, o incluso (para ser caritativo) me temo que un cierto verbalismo sea inevitable para ellos pues les ayuda a mantener su vida de fe... Si estuviesen verdaderamente en camino de vivir lo que dicen, ¿no encontrarían completamente insuficiente la expresión "Hijo de Dios" por ser demasiado clara, demasiado precisa, y suponer un riesgo real de que quien la utilice y se quede satisfecho de hacerlo sin ir más allá acabe por suprimir el misterio que ellos, por otra parte, se esfuerzan por aclarar, precisar y avizorar? El fondo de la cuestión es el siguiente: para ayudar a los cristianos a salir del letargo espiritual en el que les amodorró una enseñanza repetida hasta la saciedad sin ser recreada por los que la transmitieron, ¿pueden utilizarse sin más los términos que están gastados a fuerza de haber sido utilizados, o bien, por el contrario,

---

ce de la afirmación: Jesús es Hijo de Dios" (cap. IV, págs. 121-123 y 129-131); además, el final de *Patience et passion d'un croyant* (París, 1976 y 1990, págs. 215-216, epígrafe: "Jesús es de Dios"); más dos páginas de "Llegar a ser discípulo" (*Cuadernos de la Diáspora* n° 2, págs. 48-49) y un pasaje de *Deux chrétiens en chemin: Légaut-Variillon* (París, 1978, págs. 109-114).

no habrá que esforzarse en hacer descubrir indirectamente a los cristianos (pues directamente es imposible) el camino que les es accesible, que por otra parte compromete todas sus posibilidades espirituales (las actuales y las todavía potenciales), y que, además, les permitiría alcanzar la fe propia del discípulo? (...) Son numerosos los teólogos que no se reconocen cuando uno no habla su lenguaje ni utiliza sus mismas palabras; lo cual es una pena y, además, es inquietante, tanto por ellos como por la doctrina que profesan...<sup>(8)</sup>

IV. Pero debemos volver a Morel y cerrar esta presentación. Para ello, yo le brindo, en mi memoria, a su favor, el recuerdo de este texto polémico que sólo el Evangelio de Mateo<sup>(9)</sup> conserva y atribuye al Maestro:

A ver, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: hijo, ve hoy a trabajar en la viña. Él, respondiendo, dijo: No quiero; mas luego recapacitó y fue. Se acercó al otro y le habló de la misma manera. Mas él, respondiendo, dijo: Voy, señor; y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Contestaron: El primero. Y Jesús les dijo: En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el reino de los cielos.

---

<sup>(8)</sup>. *Deux Chrétiens en chemin: Légaut-Varillon*, París, 1978, págs. 112-113.

<sup>(9)</sup>. Cap. 21, vv. 28-31.